

La filosofía de la historia en José de la Luz y Caballero

Carmen Gómez García

Historiadora

La tarea de indagar acerca de las concepciones de José de la Luz y Caballero, el destacado pensador y educador cubano de la primera mitad del siglo XIX, sobre la filosofía de la historia no resulta nada fácil, ya que su pensamiento filosófico no fue expuesto de modo sistemático en uno o varios textos, por el contrario, se halla disperso en los *Aforismos* y en los *Elencos* —elaborados estos últimos para que sus alumnos prepararan sus exámenes— y, muy en especial, en los numerosos textos polémicos que publicara en la prensa de la época, el más notable su “Impugnación a Víctor Cousin”, para refutar los criterios de algunos filósofos cubanos adscritos a tendencias espiritualistas y eclécticas muy difundidas en Cuba por esos años.

Por otra parte, si bien sus concepciones filosóficas sobre el método de investigación —que siguen muy de cerca las del filósofo inglés John Locke en sus *Ensayos sobre el entendimiento humano*— aparecen expuestas con mucha claridad y frecuencia, lo que hace más fácil descubrirlos y analizarlos, no sucede lo mismo con sus concepciones acerca de la historia y la sociedad —a las que llama, siguiendo a los filósofos de la Escuela neo-kantiana de Badem, Wilhem Windelband y Henry Rickert, ciencias morales o del espíritu—, las cua-

les se encuentran muy mezcladas con las anteriores y por ello se hace necesario deducir sus criterios sobre estas cuestiones, de los expuestos acerca de la moral, la Economía Política, la Psicología y hasta las propias Ciencias Naturales.

Aunque la historia escrita aparece bastante tempranamente en la vida de los pueblos —se considera al griego Herodoto (481-420 a.n.e.) como el padre de la Historia— esta se limitaba a relatar las guerras entre los pueblos, con sus grandes batallas y las hazañas de sus héroes, o los hechos más notables realizados por los reyes y faraones, sin preocupación alguna por desentrañar el sentido de la historia ni la causa real de estos sucesos.

En verdad, no es hasta el siglo XVIII que algunos filósofos comienzan a preocuparse por estas cuestiones, y es entonces cuando puede hablarse de la aparición de la filosofía de la historia.

Algunos consideran que es el filósofo francés Francisco María Arouet, más conocido por Voltaire (1694-1744), quien publicó en 1740 su *Ensayo sobre las costumbres y sobre el espíritu de las naciones*, y más adelante una *Filosofía de la Historia* (1743), el primero en indagar acerca de un orden progresivo de los sucesos históricos que revele su real significado, y por tanto

en crear una filosofía de la historia. Sin embargo, un poco antes el filósofo italiano Juan Bautista Vico (1668-1744) había dado a conocer *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones* (1725) en donde se propone realizar una investigación sobre la sociedad humana y el mundo histórico con el objetivo de analizar sobre su orden y sus leyes.

A partir de la aparición de esta ciencia, la historia dejó de concebirse como una sucesión de hechos aislados sin conexión alguna entre sí, y comenzó a valorarse como un proceso que tenía una cierta unidad. Desde entonces para los historiadores fue tan importante la historia de la cultura humana en su universalidad como la historia de Inglaterra, Francia o cualquier otro país en particular.

Cuestiones tales como si el azar o la providencia divina determinan el curso de la historia, o si, por el contrario, está regida por leyes tan objetivas como las que rigen el desarrollo de los fenómenos naturales, empezaron a inquietar a los filósofos, quienes trataron de hallar la respuesta en los propios datos obtenidos a través de la experiencia o en especulaciones filosóficas de carácter idealista.

Se indagó también sobre las causas que originan los hechos históricos y se ofrecieron respuestas varias: unos las encontraban en el desarrollo de las ideas (filosóficas, religiosas, políticas, educacionales), otros, en las acciones de las grandes personalidades históricas, es decir, en los grandes héroes, cuya voluntad determinaba el rumbo de su desarrollo. Para los que así pensaban, entre ellos Tomás Carlyle, autor de *Los*

héroes, la génesis de cualquier hecho histórico era necesario buscarlo en la personalidad heroica de quien lo había realizado; para ellos hubiera sido imposible la Revolución Francesa sin la existencia de un Robespierre, un Marat o cualquier protagonista de ese proceso histórico.

No faltaron tampoco los filósofos que atribuyeron las causas de los sucesos históricos a factores de índole climática o ecológica. La doctrina del determinismo geográfico durante mucho tiempo trató de explicar el atraso económico y social de Cuba por su ubicación en la zona tropical, criterio de un marcado carácter fatalista, el cual ignora que la actividad humana puede modificar tanto el medio geográfico como el social.

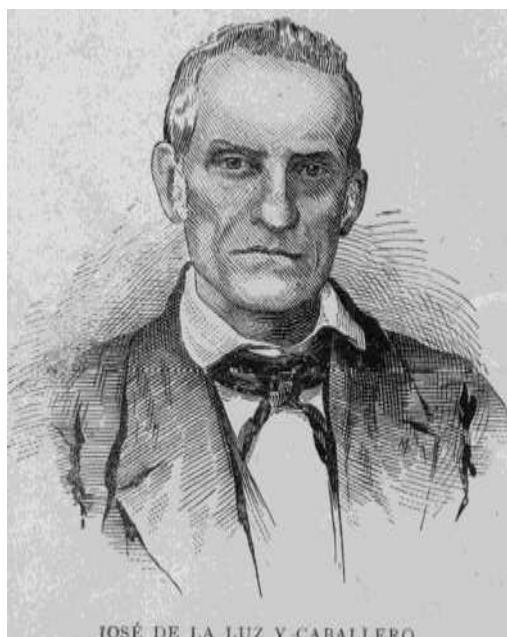
Se cuestionó también si la historia se movía siempre en un sentido progresivo, de estadíos inferiores a superiores, así como cuáles eran los elementos necesarios para medir ese progreso (economía, cultura, ciencia, política), o si, por el contrario esta seguía una trayectoria cíclica y en cada ciclo existía una fase de ascenso, una de estabilidad y una de decadencia, tal como plantea Spengler en *La decadencia de Occidente*.

En el siglo XVIII aparece en Francia la filosofía del iluminismo o de la ilustración, expresión ideológica de la naciente clase social burguesa que protagonizara en aquel país una profunda revolución social, transformadora de la sociedad feudal de la época, no sólo en sus fundamentos económicos, sino en sus relaciones sociales, estructura política y vida artística, científica y cultural. Las ideas de estos filósofos, entre quie-

nes se destacan Condorcet, Voltaire, Montesquieu, Holbach, Rousseau y otros, dieron un impulso considerable a las concepciones acerca de la filosofía de la historia y fueron creando las condiciones para convertir la historia en una verdadera ciencia, al mismo nivel de las llamadas ciencias de la naturaleza, capaces de determinar su objeto de estudio, las leyes que rigen el desarrollo de los fenómenos que estudia, y explicar las causas que provocan su aparición y su caducidad.

También en Alemania, aunque su desarrollo económico, social y político era inferior al de Francia, aparecieron entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, una serie de filósofos preocupados por estas cuestiones que contribuyeron con sus obras al desarrollo de la filosofía de la historia. Tal es el caso de J. G. Herder (1744-1803), quien escribiera *Filosofía de la historia de la humanidad*. Son, sin embargo, los que integran la llamada filosofía clásica alemana, Kant (1724-1804), Fichte (1762-1814), Hegel (1770-1831) y Schelling (1775-1854), los que más contribuyeron al desarrollo de la filosofía de la historia, en especial Hegel. Para todos ellos la historia es un proceso necesario sujeto a leyes, aunque estas, en sus criterios, no se abstraen del propio proceso histórico, sino que se le imponen a este apriorísticamente.

Con Hegel la filosofía de la historia llega a su punto más alto dentro de las concepciones burguesas, no obstante su carácter idealista. Para él, la historia es un proceso único, regido por leyes en el cual cada época constituye un estadio



necesario, peculiar e irrepetible en el desarrollo de la humanidad. Considera también que tiene una evolución progresiva, medible por el grado de libertad que el hombre alcanza dentro de la sociedad en cada etapa. Como plantea, la historia de la humanidad es el desenvolvimiento de la Idea Absoluta que parte de sí misma, se objetiva en la naturaleza y regresa a sí misma mediante el conocimiento en un proceso dialéctico. Aunque la dialéctica hegeliana, según la conocida expresión de Marx, anda de cabeza y hay que ponerla de pie, constituye un valioso aporte a la filosofía en general y a la filosofía de la historia en particular.

Carlos Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895), apoyados en una dialéctica materialista, elaboraron una verdadera concepción científica de la historia, cuya categoría fundamental es la de la formación económico-social, y que además concibe el desarrollo

histórico sobre una base material: la estructura económica de la sociedad –las relaciones de producción– sobre las cuales se establece la superestructura político-ideológica (vale decir el Estado, el derecho, la cultura, el arte, la ciencia, la religión, la filosofía...).

Un poco antes de la concepción materialista de la historia de Marx y Engels, un filósofo francés, Augusto Comte (1798-1857), había elaborado una sobre el desarrollo histórico que conocemos con el nombre de positivismo, la que tuvo gran influencia para el desarrollo de un pensamiento histórico más cercano a los hechos, pues combatió las posiciones especulativas y exigió de los historiadores la consulta de los documentos y el apego a los datos obtenidos de la experiencia.

Un aspecto importante de las ideas de Comte es su demanda de que junto a la física, las matemáticas y otras ciencias naturales, se estableciera una nueva ciencia a la que llamó Sociología, la cual debía ocuparse del estudio de la sociedad, su estructura y las diferentes etapas de su desarrollo. La gran debilidad de la teoría comtiana consiste en su negativa a buscar la causa última de los fenómenos, su esencia, pues en su criterio esta era un pseudo problema de carácter metafísico que la ciencia no podía resolver; por ello no pudo formular una concepción adecuada de ley lo que hacía imposible enunciar una teoría científica.

De los filósofos citados, muy conocidos en el momento histórico en que vivió Luz, no existen evidencias de que tuviera conocimiento de la teoría filosófico-social del marxismo –que

comenzó a elaborarse en la década del cuarenta del siglo XIX y cuya primera formulación aparece en *La ideología alemana* (1848), en las *Tesis sobre Feuerbach* (1845) y en el *Manifiesto comunista* (1848), y la que continuó desarrollándose en los años subsiguientes, aun después de la muerte de Luz, pero sí conoció a la casi totalidad de los otros filósofos mencionados, ya que era Luz un hombre de gran cultura y con mucho conocimiento del pensamiento filosófico europeo de su época, y es posible encontrar referencias a muchos de ellos en sus escritos.

En sus artículos polémicos encontramos más de una referencia a la filosofía de la historia a la cual hace explícita mención. En la “Segunda réplica al adicto”. Al referirse a las Ciencias Morales, dice: “[...] bajo aquel nombre genérico se comprende la psicología, la lógica, la metafísica, la filosofía de la historia, la ciencia de la educación, la política, la economía política, etc.”.¹ Y en otro, sobre la doctrina del filósofo francés Víctor Cousin afirma: “[...] su análisis de la razón, su teoría de Dios, de la revelación y de la filosofía de la historia, cual las encontramos en sus escritos, hallaremos en ellos el más decidido panteísmo [...]”.²

Y no es que sólo conociera el nombre de esa disciplina, sino como se verá más adelante, en sus meditaciones filosóficas se encuentran referencias a las preocupaciones fundamentales de aquellos filósofos que se dedicaron a estas meditaciones.

Es bien conocido que Luz era un hombre profundamente religioso, no tanto en lo formal como en lo esencial,

aunque de ninguna manera dogmático. Educado en Cuba, profesaba el catolicismo –incluso estuvo a punto de ordenarse como sacerdote–, sin embargo en una época en que cualquier manifestación a favor del protestantismo era considerada como herejía y podía acarrear un juicio de la Santa Inquisición, e incluso la pérdida de la vida, emitió juicios como el siguiente que hablan muy alto de su honestidad y su valor personal:

El protestantismo –my view of the subset– ha sido la salvación del catolicismo –*salutem ex inimicis nostris*– [...] Más: le sigue suministrando un principio de vida.

Tengo la reforma por un verdadero retremper para el catolicismo que estaba bien enfermo.³

Y añadió más adelante:

¡Qué más! Sin la Reforma, ni se hubiera reformado el catolicismo y hasta la Revolución Francesa, la más cruenta de las protestas, ha sido un germen de la vida para la religión.

No queramos circunscribir las miras de la providencia a nuestras mezquinas miradas.⁴

Si bien pudiera parecer que esta cuestión no tiene relación alguna con la filosofía de la historia, no puede olvidarse que durante el período medieval en Europa –y Cuba era un país colonizado por una potencia europea, España, donde el catolicismo ejercía una gran influencia– la Iglesia Católica ejerció un dominio absoluto, no sólo en la religión sino en las concepciones que sobre la política, la historia, la cultura, etcétera, se sostenían a nivel social, y que apartarse de alguna de ellas podía

acarrear para el infractor graves peligros, la muerte incluida.

La sincera fe religiosa de Luz, quien creía que la naturaleza, inclusive el propio hombre, era obra divina, no le impidió creer al mismo tiempo en la capacidad del hombre para conocer las causas de los fenómenos del mundo que lo rodeaba, tanto los de la naturaleza como los de la sociedad, apoyado en su razón, en la observación y en la experimentación. No obstante su fe religiosa, nunca consideró que los fenómenos históricos se desarrollaban siguiendo un proyecto divino, ni que el hombre no fuera capaz de conocer sus causas. Para él, “[...] en la investigación del origen y causa de las cosas se cifra el verdadero y único medio de constituir la ciencia como tal, que cuando por el mismo no llegamos jamás al suspirado origen precisamente hemos de adelantar en el conocimiento del objeto, siendo así que no podemos remontarnos a la causa sino por los escalones de los efectos.”⁵

En esta cita se pueden apreciar dos cuestiones fundamentales:

1.- No se puede hacer ciencia sin conocer las causas de los fenómenos.

2.- A la causa última o esencia de los fenómenos se puede llegar –y en esto no concuerda con Comte, el cual negaba esta posibilidad–, aunque no de modo inmediato, sino por etapas o escalones.

Luz distingue a las ciencias de la sociedad o del espíritu de las de la naturaleza, pero considera que para que las del espíritu sean verdaderas ciencias necesitan “[...] aplicar el método empírico... aun a las ciencias llamadas morales o intelectuales”.⁶

No deja fuera de estas reflexiones a las ciencias históricas: “Incluso la historia necesita, para ser objetiva, del criterio naturalista para graduar lo probable y lo posible, lo creíble y lo increíble; esta ciencia tiene que confrontar los acontecimientos narrados con las observaciones hechas por el hombre y ver qué analogías guardan [...]”.⁷

No ignora que las ciencias morales e intelectuales y, por ende, las históricas tienen sus peculiaridades, y las leyes que las rigen no tienen la obligatoriedad observada en las ciencias de la naturaleza, más bien tienen un carácter probabilístico, por eso afirma: “[...] se dice que una cosa está moralmente demostrada en el orden histórico u otro análogo; que es como si se dijera que no es una demostración como la pura racional, o matemática obsoleta, sino tan sólo relativas, o por hablar con rigor una verdadera probabilidad llevada a una alta potencia.”⁸

También destaca Luz –y a mi juicio es una concepción muy avanzada para su época– que las matemáticas no tienen por qué ser excluidas del mundo de las ciencias morales, aunque se apliquen más fácilmente a las ciencias de la naturaleza y precisa: “[...] sin dar a entender por esto que no sea también aplicable a las últimas [se refiere a las ciencias de la sociedad] pues lo es, y en bastante grado (y aun ese será uno de los medios más eficaces para su progreso)”.

Reconoce el célebre filósofo y educador que la verdad es una, así como la existencia de diversos sistemas filosóficos, cada uno de los cuales presupone una causa diferente para los sucesos históricos. Para unos de estos

sistemas es la búsqueda del placer, para otros, de la perfección o del bien moral, algunos lo ven en la voluntad divina, y no faltan quienes lo encuentren en la constitución política o en la educación, si bien él no manifiesta su acuerdo con ninguno de ellos.

Es un decidido partidario de la ley del progreso. En muchos pasajes de sus obras lo reconoce así considerando que la historia humana marcha hacia el progreso sin que en ello vea contradicción alguna con el sentimiento religioso. Para él, el progreso en la sociedad está vinculado con el de las ciencias, y al respecto asevera: “[...] aun en moral práctica prescindiendo de la teórica, están los hombres sujetos a la ley del progreso, como todos los demás ramos, dependiendo en muchos casos sus adelantos morales del progreso de las ciencias físicas”.¹⁰

En otras ocasiones insiste en la cuestión y expone en forma muy sucinta cómo se ha producido la evolución progresiva de la sociedad humana: “No hay nación alguna, ni las que se esfuerzan por alcanzar la meta de la civilización, que no haya pasado en su tiempo por las diversas y sucesivas situaciones de nómada o errante, cazadora, pastora, agricultora, industrial, etc.”.¹¹

Si bien no hay en él una declaración explícita de que el desarrollo social está regido por leyes objetivas e independientes de la conciencia del hombre, como en la naturaleza, su insistencia en plantear que el desarrollo de los fenómenos sociales se debe a causas objetivas perfectamente observables y cognoscibles por el hombre, permite afirmar que sí las admite, aunque en más

de una ocasión haya expresado su desacuerdo con las concepciones hegelianas acerca del desarrollo histórico.

Donde con más claridad se perciben sus concepciones sobre la filosofía de la historia es en las críticas que le hace al eclecticismo filosófico de Víctor Cousin.

Al analizarlo destaca con severidad algunas de sus limitaciones como que

- la historia sólo se refiere a hechos particulares e irrepetibles (por lo tanto no se pueden establecer leyes en la historia);
- en la historia cada idea se desplaza aislada y sucesivamente y cuando todas sus fases han pasado por la vista, ha desempeñado su papel en el teatro del mundo y cede el paso a otra que recorre el mismo camino;
- sólo puede haber tres épocas históricas, y su aparición y ascensión no son arbitrarias, pues la historia es una geometría inflexible: el número de orden de cada una de ellas está marcado con carácter inmutable, y con ello pone en evidencia que Cousin no valora el libre albedrío y su doctrina conduce al fatalismo;
- la historia no es más que el gobierno de Dios hecho visible: todo está en ella en su lugar.¹²

Luz destaca, además que cierra las puertas del porvenir y apaga la llama fecundísima de la investigación al plantear que todo es inevitable, pues los mismos sistemas se han de reproducir en la historia futura, y toda la filosofía ya se ha manifestado, con lo cual se elimina toda perfectibilidad.

Asimismo, considera que de acuerdo con los criterios cousinianos, la

filosofía debe limitarse al estudio de las obras antiguas donde la ciencia se ha agotado, y entonces se cerraría así el libro abierto del porvenir. Cousin –advierte– ha convertido la filosofía en filología y ha apagado la investigación para encender la erudición.¹³

Crítica el espiritualismo de Cousin y su planteamiento de que el error es una verdad incompleta, como si pudieran ser idénticos el ser y la nada. Esta posición –señala– conduce al eclecticismo, que es sólo un sincretismo político.

También caracteriza la doctrina de Cousin de modo sintético, pero con gran precisión: “Tómese cierta dosis de monarquía, partes iguales de aristocracia y su punto de democracia y tendrás la restauración o el justo medio o el eclecticismo”.¹⁴

Para Luz el eclecticismo de Cousin es una doctrina “[...] sin ideal, así como sin chispa de simpatía por el pueblo, no conociendo por otra parte ni la miseria de los proletarios ni la vida que fermenta en el seno de nuestra época”.¹⁵

Todo estos planteamientos revelan que sus muchas lecturas y los contactos que durante sus viajes tuviera con la sociedad francesa, enfrascada en esa etapa en profundas luchas sociales, habían sensibilizado su espíritu con los sufrimientos de las clases desposeídas.

La lectura de los textos lucistas en busca de sus concepciones sobre la filosofía de la historia permite comprobar sus profundos conocimientos sobre la filosofía griega clásica –Sócrates, Platón, Aristóteles y otros–, de la medieval y también de la de su época, muchos de cuyos autores era capaz de leer en su propia lengua.

Creo que para concluir sería útil reproducir aquí el criterio de Luz acerca de lo que debía ser un buen historiador, con la esperanza de que quienes en Cuba se dedican a esta disciplina encuentren en él un modelo:

Fuera de la imparcialidad que es su base, se requiere en el historiador las más variadas y aun contrapuestas dotes: ha de ser este profundo estadista, mejor moralista, plenísimo sabio, severísimo lógico y perspicaz discriminador, conocedor no ya del corazón sino de todos los corazones —ciencia y conciencia— en más de un sentido, tan ardiente en el sentimiento como dramático en la exposición; pero templados sus ardores y contenidos sus arranques por el hielo y freno de la suprema emperatriz: la razón. Más poeta que el mismo poeta épico, y por fin un estilo en donde tiene que intercalar o refundir la filosofía y la crítica y la poesía en la narración, sin degenerar en abstracto ni en pedante, ni en fantástico: elevándose, por último, sobre toda la humanidad a una altura donde ni le lleguen ni llegue. Es

la última y más trascendental expresión de la literatura de un pueblo.¹⁶

Notas

¹Luz y Caballero, José de la. “Segunda réplica al adicto sobre la cuestión del método”. En: *La polémica filosófica*. La Habana: Editorial de la Universidad de La Habana, 1946. t. 1, p. 242.

²Ibíd., t. 4, p. 279.

³_____. *Aforismos*. La Habana: Editorial de la Universidad de La Habana, 1962. p. 285.

⁴Ibíd., p. 286.

⁵Luz y Caballero, J. de la. *Op. cit.* (1). t. 4, p. 111.

⁶Ibíd., t. 1, p. XXVI.

⁷Ibíd., p. XXVII.

⁸Ibíd., p. 284.

⁹Ibíd., p. 256.

¹⁰Ibíd., pp. 274-275.

¹¹Ibíd., p. 59.

¹²Para ampliar lo expuesto puede consultarse el tomo 4 de *La polémica filosófica* (pp. 299-300).

¹³Ibíd., pp. 300-302.

¹⁴Ibíd., t. 4, p. 307.

¹⁵Ibíd., p. 308.

¹⁶_____. “Aforismo456”. En: *Obras*. La Habana: Edición Imagen Contemporánea, 2002. (Biblioteca Clásicos Cubanos, 17)

